

POBLACION INDIGENA. CUARENTA MILLONES DE DESCONOCIDOS

*Antonio Pérez**

Algo más del 10% de los casi 400 millones de latinoamericanos se reclaman indígenas y lo son desde el punto de vista racial o de la antropología física. Otro porcentaje, algo más marginal, está en condiciones de serlo (principalmente debido a la depauperización que sufre la región y a la ruralización que, como fenómeno colateral, se da en sus urbes).

Hay países, como Bolivia, en los que los indios suponen más del 70% de la población total y otros hay, como México, en los que, aunque sólo representan el 14%, suman 12 millones de almas. También es no menos cierto que los 300.000 indígenas brasileños, por mucho que se noten en los medios de comunicación, representan sólo un 0.2% de las gentes de aquel país. Estados como el argentino albergan a 350.000 indios, mientras que 200 aborígenes pueden suponer el 2% de Trinidad-Tobago.

Las mayores concentraciones indígenas coinciden con los antiguos virreinos del Perú y de México. Para ser

* Coordinador de Temas Indios, SEQC.

exactos, 3/4 partes del total. A su vez y ya saliéndonos de Latinoamérica, casi dos millones de indios viven en E.E. U.U. y Canadá, donde, obviamente, no llegan a significar ni siquiera el 2% de la población total.

Por lo que a la clasificación por etnias se refiere los más numerosos son los Quechua. No menos de 10 millones de quechua-hablantes se extienden por Ecuador, Bolivia y, sobre todo, Perú. Les siguen los Aymara, Nahuatl y Quiché, que pasan del millón, y otras tribus como pueden ser los Maya-Yucateco, Cakchiquel, Colla, Mapuche, Mixteco, Otomí, Pipil y Tzutujil, que superan holgadamente el centenar de miles de hablantes. A continuación, hasta quinientas lenguas distintas cimentan otras tantas culturas diferentes, algunas en pleno renacimiento de su identidad étnica, otras en trance de desaparición física.

¿Representan las cantidades y porcentajes anteriormente citados cierta unanimidad en, al menos, los demógrafos y estadísticos? No, por cierto. Justo es reconocer que el problema amerindio comienza en las primeras enumeraciones. Las cifras varían considerablemente, incluso con unos márgenes inadmisibles en otros conteos. Pongamos que hasta un 25% de diferencia es moneda corriente en estadísticas indigenistas. Y es que no hay, por el momento, común acuerdo sobre la definición del indio. Indígena, para algunos servicios sociales estadounidenses, puede ser aquel que se reclame de algunas gotas de sangre aborígen y esa misma y también muy superior condición puede serle negada en otros países. Por ejemplo, si fuera solo la lengua el criterio definitivo, Paraguay (único país oficialmente bilingüe de todo el continente) sería una nación también guaraní, sin embargo, solo reconoce a unos 100.000 indios. Por su parte en Venezuela «se considera indígena a toda persona que habla o habló cuando niño una lengua indígena, o cuya madre o abuela hablan o hablaron cuando niñas una lengua indígena» (censo indígena, 1982).

La descripción de las culturas indígenas, léase de sus costumbres y tradiciones, si bien cuenta con técnicas

homologadas de etnografía, en demasiadas ocasiones llega al gran público a través de relatos superficiales, cuando no tremendistas. La búsqueda de lo exótico suele primar sobre la paciente búsqueda de lo sustancial, lo anecdótico llega a oscurecer el panorama histórico y cultural sobre el que debieran establecerse nuestras líneas de valoración. Fuentes de segunda mano llegan a popularizarse conformando opiniones apresuradas que demasiado frecuentemente, se ponen al servicio de ideologías de todo tipo. El indio se convierte, así, en un comodín para rellenar los agujeros negros de cualquier pensamiento.

Pero, además, pretendemos desconocer la enorme amplitud del espectro de las relaciones entre las diferentes comunidades indígenas y la sociedad envolvente. Intuimos que no podemos medir con el mismo rasero a un piel roja cuya cooperativa maneja una empresa de tecnología punta o un negocio turístico perfectamente organizado que a un selvático con muy esporádicos contactos con los forasteros. Y, a pesar de todo ello, seguimos fantaseando que indio es indio y su número, uno solo. Llega incluso el caso de ciertas preguntas a las que son proclives los ánimos especulativos. ¿Estará en el aislamiento del indio la clave de una hipotética imposibilidad de modernización en América Latina? ¿Caben estas minorías en el Universo Moderno? Desde luego no nos cuesta ningún esfuerzo reconocer que si UM es entendido como «uniforme último». Ahora bien, si el progreso social es considerado como propiciador del respeto a las minorías y de la utilización de las variadas aportaciones de otros modos de vida; si, en definitiva, opinamos que la diversidad es un fin en sí mismo, entonces los aborígenes no sólo no deben ser uniformados, sino que necesitamos de sus variopintos saberes.

Es ya un lugar común ensalzar la comunión-del-indígena-con-su-medio. Antes que dominar la Naturaleza, prefieren amarla como madre. ¡Qué hacer con unas gentes que al amor carnal llaman juego y que piden perdón al árbol que van a cortar! Pueden estas frases sonar a tópico, pero, además de ciertas, son susceptibles de uso pragmático desde el momento en que el indio conoce el

manejo de territorios desconocidos para los científicos occidentales. Cuando un amazónico se extingue, no perdemos un peón no calificado; derrochamos un ingeniero forestal, un médico, varios biotecnólogos y, si me apuran, quizá algún sacerdote.

No es dar tres cuartos al pregonero si mantenemos que los sentimientos occidentales hacia los indios son, cuando menos, contradictorios. Según una cierta imagen popular, el indígena es hierático y solemne, austero y cerrado en sí mismo. Pero, a continuación, se nos habla de fiestas orgiásticas que duran semanas, temperamentos burlones que viven en un perpetuo chiste, hartazgos sin cuidar el pan de mañana y hospitalarios dícharacheros para los que no cuentan los secretos de la tribu. Del «monstruo nunca visto, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza y pies de miedo» pasamos, sin apenas transición, al Buen Salvaje.

No podemos continuar con aquellos desconocimientos y estas veleidades. Ya no es sólo la necesidad intrínseca de conocer rectamente. Se trata también de cumplir un ciclo histórico durante el cual hemos mantenido una (vamos a decir) «especialísima» relación con el mundo amerindio. Y, por lo que respecta al presente, hemos de tener en cuenta que el peso sociológico específico del universo amerindio es muy superior a la cantidad bruta de 40 millones, con ser ella nada despreciable.

Para comenzar, nada mejor que acudir a las fuentes. ¿Qué opinan los indígenas? Es de suponer que, llegados a este punto, obviaremos la otrora espinosa cuestión de encontrar un interlocutor válido, puesto que el indio ha llegado a donde probablemente siempre estuvo: a una situación en la que cualquier empresa hacia él dirigida que no tenga en cuenta sus razones desde la misma génesis del proyecto estará automáticamente condenada al fracaso.

De: **AMERICA 92**. (Revista Trimestral del Quinto Centenario). Año I. Nº 2. Quito: Setiembre-noviembre de 1989.